



El artista Sergio Trujillo tuvo a su cargo confeccionar los carteles promocionales, los diplomas de participación en los juegos y los de premiación.
Colección de Arte Banco de la República.

Juventud y deporte en Colombia en la primera mitad del siglo XX

JORGE HUMBERTO RUIZ PATIÑO

A su llegada a Colombia, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, los deportes se definieron como una actividad eminentemente juvenil y, por tanto, símbolo de la juventud colombiana. Así se concibió también durante la primera mitad del siglo XX, de manera que se convirtió en un importante factor de definición de los límites entre el mundo adulto y el mundo de los y las jóvenes.

A la vez, el deporte se difundió entre todos los estratos sociales y adquirió en cada uno un significado. Por ejemplo, se veía como ímpetu y emprendimiento entre la juventud de clase alta y como regeneración moral y física, en quienes pertenecían a los sectores populares. Pero también, connotaba peligro de masculinización, si quienes lo ejercían eran las mujeres, y un cambio generacional, pues con él había un distanciamiento del pasado colonial y republicano.

ELEMENTOS CENTRALES DE LA RELACIÓN ENTRE JUVENTUD Y DEPORTE

Esa asociación del deporte con la idea de ser joven se fue generalizando paulatinamente, aunque realmente, su práctica no ha sido exclusiva de personas que están en la etapa de la juventud. Hoy podemos ver gente adulta que monta bicicleta o juega fútbol. ¿A qué se debe entonces que lo deportivo lleve el sello predominante de lo juvenil?

Hay, en esencia, dos factores que conducen a esa identificación. En primer lugar, se entenderá que la probabilidad de practicar un deporte es mayor durante la etapa llamada juventud, que en cualquier otra, si esta se define como un periodo intermedio entre la niñez y la adultez, como una “moratoria social” durante la cual no se abandonan por completo las rutinas de la infancia, ni se adquieren aún las de la vida madura; o como una “especie de existencia separada”, un estar “socialmente fuera de juego” (Bourdieu, 2000). Si se define así, la juventud, implica una “libertad” que está en oposición a la formalidad de las rutinas de la vida adulta, de las responsabilidades familiares y laborales que ocupan buena

Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia, magíster en estudios políticos de la Pontificia Universidad Javeriana y doctor en Investigación en Ciencias Sociales con mención en Sociología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), sede México. Autor del libro *La política del sport: élites y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925*.

parte del tiempo de los individuos y cuyo significado está contenido en la imagen de lo serio, por oposición a la de lo lúdico.

El segundo factor es que, si ser joven se define desde la idea de “moratoria vital”, es decir, desde la concepción de que hay un fondo de energía que depende de una economía del cuerpo o del gasto de las fuerzas disponibles según la edad (Margulis, 2008), se comprenderá que la práctica deportiva, como actividad física por excelencia, disminuya a medida que se agota paulatinamente dicho fondo.

De este modo, desde la perspectiva de la moratoria social y de la moratoria vital, la identificación entre juventud y deporte obedece a la mayor facilidad que tiene cualquier persona de jugar fútbol, montar en bicicleta o jugar tenis en aquel periodo de su vida en el que sus responsabilidades son flexibles y le dejan una buena cantidad de tiempo disponible para dedicarlo a esas actividades, y en el que su cuerpo tiene la capacidad de hacer un gasto de energía equivalente a las exigencias de un deporte específico.

El que durante la juventud se practique o no un deporte cualquiera depende también de los valores que se le asignen a aquel en cada cultura, clase social o género. Así, por ejemplo, es posible que dos hombres jóvenes de la misma edad pero pertenecientes a clases sociales diferentes expresen disímiles opiniones con respecto al fútbol. Probablemente, el hombre perteneciente a los sectores populares habrá tenido que insertarse rápidamente en la vida laboral, de manera que solamente puede realizar su práctica deportiva los fines de semana; el otro hombre, de clase alta, estará cursando sus estudios universitarios y su tiempo es más flexible para dedicarlo a jugar fútbol durante más días a la semana, que el hombre trabajador. Lo anterior conduce a que al deporte se le asigna un valor diferenciado, según uno u otro hombre. Para el primero de ellos, el fútbol podría relacionarse con el desfogue que necesita hacer por las rutinas laborales; para el segundo, con el mejoramiento de sus cualidades deportivas o, simplemente, con el disfrute.

Siguiendo con el ejemplo, si para el primer joven, hacer algún deporte significa una válvula de escape, es poco probable que escoja al golf por encima del fútbol; el joven de clase alta, por su parte, buscará con mayor interés un deporte como el *ultimate*¹, para obtener placer y tranquilidad.

El ejemplo que acabamos de presentar es solo un caso ilustrativo, utilizado para dar cuenta de los posibles matices que tiene la semejanza entre juventud y deporte. Habría otro tono si se analiza mediante ejemplos que incluyan a mujeres de clases sociales y regiones geográficas diferentes.

LOS AÑOS JÓVENES DEL DEPORTE EN COLOMBIA

Los artículos de prensa que relatan los hechos deportivos de la primera mitad del siglo XX, reflejaban esa identificación constante del deporte y de la juventud. Así decía una remembranza de los Juegos Olímpicos Nacionales de 1928, ocurridos en Cali:

En aquella floreciente capital del Valle, ante una enorme concurrencia de público de todas partes del país, la juventud colombiana se dio el más sincero abrazo de confraternidad espiritual. Las flores, los aplausos, las guirnaldas cayeron a los pies de jóvenes luchadores, arrojadas por aristocráticas manos femeninas en franco homenaje de sincera admiración. (Gaitán, 1930a)

1. Deporte que consiste en capturar en el aire un disco llamado *frisbee* para obtener más puntos que el equipo contrario.

Esa característica concordaba con condiciones concretas. En los certámenes deportivos llamados Juegos Olímpicos (antecedente de los actuales Juegos Nacionales), participaban, de manera principal, instituciones educativas². También podían participar clubes deportivos y personas sin alguna filiación particular, según consta en el reglamento (“Juegos olímpicos de 1926”, 1926). La predominancia de estudiantes en el conjunto de competidores indicaba la estrecha relación de la práctica deportiva con ese estado de suspensión de la vida proporcionado por la escuela, característico de la moratoria social.

Lo anterior ocurría en casi todas las clases sociales. Si bien el estudiantado que competía en los Juegos Olímpicos pertenecía a las clases altas de las ciudades colombianas, también las escuelas para hijos de obreros y artesanos servían de ámbito deportivo. Es el caso del Colegio Salesiano de Bogotá, cuyos estudiantes practicaban fútbol desde 1914 (Ruiz, 2010, p. 84).

Como se advertía antes, esa semejanza entre juventud y deporte, también provenía de la idea de la vitalidad corporal juvenil, característica de la moratoria vital. El médico higienista Jorge Bejarano, luego de observar unas partidas de rugby y fútbol durante un viaje a Europa en 1928, anotó con entusiasmo el orgullo que sentía el público acerca “de los músculos y del atlético pecho, de los sentidos vigorosos y del empuje formidable de aquel puñado de muchachos que en el centro del estadio disputaba la gloria de la victoria” (Bejarano, 1928).

La energía juvenil, también se expresaba por medio de la idea del ímpetu, “del entusiasmo de las masas juveniles” que, por ejemplo, durante los Juegos Olímpicos de 1928, aportaron “el valioso contingente de su ardiente pujanza y de su animosa juventud” (Gaitán, 1930a).

Por eso, la práctica deportiva realizada por fuera del ámbito escolar, aquella que se daba en los clubes sociales y deportivos, también conservó su carácter juvenil. Así sucedió con el Polo Club de Bogotá, del que Jorge Wills Pradilla, eminente promotor del deporte colombiano, decía que su fundación en 1896, llevada a cabo por “algunos jóvenes de nuestra buena sociedad” que regresaban de sus viajes por Europa, “vino a poner una nota de alegría y de entusiasmos juveniles en la monotonía santafereña” (Wills, 1936a).

Sucedió algo similar a lo dicho antes con la conformación de la Federación de Deportistas Obreros de Bogotá en 1935. Esta organización tenía como objetivo la difusión de los deportes entre los hijos de los obreros de los barrios de Bogotá, con la esperanza de redimir “a la juventud obrera” (“Nueva entidad deportiva”, 1935).

En cualquier caso, ya fuera por una suspensión de las rutinas de la vida o por la idea del vigor y el espíritu juvenil; ya fuera porque se realizara en las escuelas, facultades universitarias, clubes sociales o deportivos, la práctica de los deportes fue, eminentemente, un asunto de la juventud colombiana. Para corroborar la idea, la conformación de organizaciones deportivas se consideraba algo novedoso y propio de la vitalidad y expectativas de los años jóvenes, pues ellas “(...) han sido solamente producto único del entusiasmo particular que la juventud ha puesto a su servicio, dentro del más grande y plausible desinterés” (Gaitán, 1930b).

Sin embargo, esa misma actitud desinteresada, espontánea, clave del surgimiento de los deportes, se vio como un obstáculo para su desarrollo cuando las autoridades gubernamentales comenzaron a inclinarse por el fomento de las prácticas

2. Por ejemplo, algunas de las instituciones educativas que participaron en los juegos de Bogotá de 1924 fueron las siguientes: los colegios de San Bartolomé y del Rosario, las escuelas Militar, Nacional de Comercio y Superior de Agronomía, las facultades de Derecho, de Ingeniería y de Medicina de la Universidad Nacional, así como el Externado de Colombia; institutos como el Gimnasio Moderno, el de La Salle y el Técnico Central (“Los juegos olímpicos de 1924 en Bogotá”, 1924, p. 5).

deportivas. Exhortaban enfáticamente a los jóvenes a interesarse en los deportes más allá “de toda pasajera atención, en el sentido de buscar para esas actividades de imperiosa necesidad, la seria organización general que necesitan para su resurgimiento efectivo” (Gaitán, 1930b). Comenzaba a vislumbrarse, entonces, la incipiente separación entre los asuntos lúdicos del deporte, correspondientes a los jóvenes, y sus asuntos serios, cuya ejecución no podía dejarse en manos de personas que, aunque ya no eran niños, tampoco tenían la suficiente adultez: “no es el deporte cosa de muchachos (...). El deporte es cosa de hombres graves, es cosa de estadistas, cosa de educadores, y no hay pueblo ya de mediana importancia, que no le preste cuidadosa atención” (Solano, 1935, p. 4).

LOS DEPORTES Y LA TERCERA GENERACIÓN REPUBLICANA

En 1925, *El Tiempo* publicó un pequeño cuento del escritor español Fabián Vidal. Allí se narra un diálogo entre dos amigos que se encontraban en las afueras de una plaza de toros. Uno de ellos, al ver salir a las personas de ese lugar, comentó:

Ya la juventud no es taurófila. Fíjate en los 14.000 espectadores que salen de presenciar la corrida dominguera. Predominan los hombres hechos y los ancianos. La muchachada no está aquí, sino en los campos de fútbol. El “afisionao” la desprecia. ¡Vaya espectáculo! Dar patadas a una pelota, ¿Dónde está el riesgo? ¿Dónde la emoción? ¿Dónde el arte? (Vidal, 1925, p. 11)

Aunque este relato se escribió en un contexto diferente al de Colombia, su publicación en un diario local indica que la situación descrita también se observaba en las ciudades del país o, por lo menos, en su capital. Se trataba de una tensión evidente entre dos generaciones, que enseñaba un fenómeno absolutamente nuevo en la vida cotidiana de Colombia: las formas de diversión de los jóvenes comenzaban a diferenciarse de las maneras como los adultos se divertían.

Esa nueva situación debió acentuar las divergencias entre los grupos de edad y la distancia entre los modos de percibir la vida diaria, de conectarse y de ver la experiencia de las generaciones anteriores, de relacionarse con el mundo y de construir expectativas con respecto al porvenir.

Desde la Colonia, las corridas de toros, igual que los juegos de azar y las riñas de gallos, habían sido las diversiones más populares en todos los sectores sociales. En particular, las corridas se realizaban durante fiestas religiosas como el Corpus Christi, el San Juan y el San Pedro, y en celebraciones civiles como la llegada de un virrey o la jura de un monarca (Rodríguez, 2002). El advenimiento de la República no modificó esta situación, por lo menos durante todo el siglo XIX. Esas faenas se mantuvieron como el complemento de las fiestas religiosas y civiles, incorporadas, en este último caso, a la conmemoración de la Independencia cada 20 de julio.

Aunque el ritual patrio buscaba conectar a la población con la nueva situación política, es decir, incorporar en los individuos los valores republicanos y hacer un corte radical con la organización política colonial y su sustento cultural, la continuidad de las faenas taurinas recreaba, en realidad, el pasado del orden colonial gracias a la permanencia de la memoria. Así lo manifestaba, por ejemplo, una mujer llamada Carmen Torres, luego de que su hijo de 8 años muriera en una corrida de toros durante las fiestas de San Agustín en 1880:

Un toro feroz, un resto de las bárbaras costumbres españolas, un verdadero anacronismo que pugna con la tan decantada civilización moderna de que se jacta la

culta sociedad de esta capital, dio muerte a mi hijo. (“Las fiestas de San Agustín”, 1880, p. 159)

A partir de la década que comenzó en 1890, las fiestas patrias se celebraron con corridas de toros y con algunos certámenes competitivos como carreras de caballos a la inglesa y carreras de bicicletas, en los terrenos de la antigua hacienda llamada La Magdalena (en lo que hoy es Teusaquillo). Más tarde, en 1898, se construiría ahí un campo que sirvió como hipódromo y velódromo, que llevaría el mismo nombre de la hacienda.

En 1895, una nota del periódico estadounidense *Mexican Herald* atribuyó la importación de la primera bicicleta en Colombia a Juan Caro (Beezley, 2004), hijo de Miguel Antonio Caro, quien fungía por aquella época como presidente interino de la República. También se presume que, por esos mismos años, Gabriel Camacho, hijo del importante ideólogo del liberalismo Salvador Camacho Roldán, estuvo vinculado con la importación de bicicletas por medio de la empresa Camacho Roldán & Tamayo (“Velocípedos”, 1895), constituida por su padre, inicialmente, como una librería. Gabriel promovió el ciclismo en Bogotá mediante la fundación del Club Ciclista Bogotano (“Club ciclista bogotano”, 1895, pp. 61-64).

Las carreras ciclísticas fueron una absoluta novedad en Bogotá, incluso, en las ciudades europeas, donde se encontraban en boga por entonces (Beezley, 2004). Allí, en el viejo continente, el ciclismo, a diferencia del fútbol, el cricket y otros deportes que evolucionaron a partir de juegos populares propios de la Edad Media, fue un deporte que se desarrolló con la invención de un aparato técnico totalmente nuevo, el velocípedo, que en ese entonces fue ejemplo de la vida social moderna en Europa. La asociación entre el uso de la bicicleta y el desarrollo material e intelectual de ciudades como Londres y París condujo a que las carreras ciclísticas adelantadas en Bogotá a finales del siglo XIX representaran valores modernos como la velocidad, la higiene, la salud y, de manera más general, el progreso.



Bogotá no fue la única ciudad en la que se impusieron las carreras ciclísticas. Grupo de ciclistas, listo para iniciar una competencia. Se destaca la elegancia de sus trajes en este tipo de encuentros. Santiago de Cali, 1º de enero de 1924. Fotografía de Alberto Lenis Burckhardt. Cortesía del Archivo del Patrimonio Fotográfico y Filmico del Valle del Cauca.

La novedad que implicaba el uso de la bicicleta y los significados modernos que se le asignaban al ciclismo indicaron un cambio de gran importancia en la relación entre las generaciones de jóvenes y de adultos que vieron el amanecer del siglo XX. Con su participación en las competencias ciclistas, los jóvenes de clases altas comenzaron a distanciarse del pasado colonial recreado en cada corrida de toros, mientras los adultos, aunque podían ser observadores de las carreras, continuaron vinculados más estrechamente a la vida social lúdica que se había mantenido incólume hasta ese momento.

Por otro lado, hasta ese momento, la idea de progreso según la cual hacia el futuro la vida tiende a perfeccionarse solamente había tenido cabida en la vida institucional dirigida por los adultos. Ahora se incorporó a las rutinas de la vida social y diaria, cada vez más ocupadas por la juventud.

Con las carreras de bicicleta en Bogotá, se inició un proceso de diferenciación entre la vida adulta y la vida joven con respecto a las formas de diversión. Si las corridas de toros habían aglutinado por igual a varias generaciones de diferentes clases sociales, las competencias ciclistas fueron potestad únicamente, en sus inicios, de los jóvenes, en particular, los de la clase alta. Esta diferenciación en la manera de divertirse se consolidó y se hizo más evidente durante las tres primeras décadas del siglo XX, con el surgimiento y difusión de deportes como el polo, el fútbol, el tenis y el golf, practicados en colegios, universidades y clubes sociales y deportivos.

Fueron los jóvenes de la élite colombiana, la tercera generación desde la fundación de la República, quienes incorporaron y dieron los primeros impulsos a los deportes en Colombia. Personajes como los ya nombrados Juan Caro y Gabriel Camacho, pero también Tomás y Joaquín Samper, hijos del liberal radical Miguel Samper, que colaboraron tanto en la fundación del Polo Club, como en la conformación del Football Club de Bogotá a comienzos del siglo XX (Ruiz, 2010), observaron las prácticas deportivas de los jóvenes europeos durante sus viajes y las importaron desde allí como muestra de su espíritu moderno y juvenil.

Los viajes a Europa constituyeron una experiencia importante para la élite colombiana y comenzaron a darse progresivamente desde mediados del siglo XIX,



Competencia ciclistica en el corregimiento El Saladito (Santiago de Cali, Valle del Cauca), 10 de diciembre de 1927. Fotografía de autor desconocido. Cortesía del Archivo del Patrimonio Fotográfico y Filmico del Valle del Cauca.

en cabeza de la segunda generación republicana, es decir, de los padres de aquellos jóvenes impulsores del deporte en Colombia. El objetivo de estos viajes era promocionar Colombia y observar las instituciones políticas y económicas de los países europeos, especialmente, de Francia e Inglaterra, con el fin de determinar los elementos que podrían incorporarse a las instituciones colombianas (Martínez, 2001).

Tal vez los deportes no llamaron su atención en esa oportunidad debido a la condición de observadores institucionales que tuvieron los primeros viajeros colombianos. Fueron sus hijos, llegados a Europa con el fin de estudiar, quienes se sorprendieron con las carreras de bicicletas, el fútbol, el polo, el tenis y el golf. En este sentido, podría afirmarse que su libertad con respecto a la misión institucional de sus padres les permitió tener un mayor contacto que la generación que les precedió con aspectos de la vida social y cultural europea, incluidos, por supuesto, los deportes.

EL DEPORTE Y LAS DISTINTAS JUVENTUDES

En la década del ochenta del siglo XIX, el intelectual liberal Medardo Rivas consideraba que la juventud bogotana se encontraba en grave peligro de adquirir vicios que podían conducirla a un estado irremediable de corrupción moral:

Nosotros comprendemos bien que la falta de un trabajo moralizador y constante, la ociosidad forzosa á que se ven condenados los jóvenes en esta ciudad, al mismo tiempo que les faltan placeres y diversiones propias de su edad, contribuyen sobremanera á empujarlos en la senda del vicio. (Rivas, 1883, p. 108)

Los deportes aún no llegaban al país y las únicas diversiones que se tenían a la mano eran las escasas funciones de teatro, las corridas de toros, las riñas de gallos y los juegos de azar. Estas formas de esparcimiento, con excepción del teatro, se veían con sospecha por cuanto, se decía, contribuían a fomentar la pereza, el consumo de alcohol y, además, representaban la permanencia del lazo con el pasado colonial.

Tal situación indicaba, entonces, el doble problema de la fragilidad moral de los jóvenes y de la imposibilidad de satisfacer sus deseos e impulsos con actividades que no agravaran más su propensión al vicio. La solución que se vislumbraba para estas dificultades consistía en reemplazar las diversiones ya existentes con otras que permitieran alejar a la juventud de los males que la estaban aquejando:

Las fiestas cívicas, los ejercicios gimnásticos i otros entretenimientos de este jénero ¿no serán mejores que las corridas de toros, que las escenas crapulosas y que el juego en todas sus formas convidando al vicio y a la corrupción? (J.M.B., 1874, p. 12).

Ya entrado el siglo XX, los deportes se vieron como un instrumento idóneo y como una barrera contra dicho decaimiento moral que sufrían los jóvenes colombianos desde el siglo anterior: “La politiquería, el alcoholismo, la ociosidad y otros cuantos vicios en que la juventud va cayendo, se combaten victoriosamente con el deporte” (Solano, 1935). Esta función que se asignaba a las prácticas deportivas estaba relacionada con la idea de que la población colombiana constituía una raza que se había degenerado, tanto en su forma física, como en la moral (Ruiz, 2010; Alfonso, 2012).

Esa última idea se sustentaba en teorías pseudocientíficas sobre la superioridad innata de las civilizaciones europeas y estadounidense, con respecto a las civilizaciones de América Latina. Todo ello suscitó intensas discusiones entre la

intelectualidad del país, pero acerca de cuáles serían los mejores métodos para regenerar “la raza” colombiana (Jiménez *et al.*, 1920).

En dichas discusiones, el deporte se entendió como uno de esos métodos, pues “es valla que los pueblos oponen a la degeneración de la raza; es destructor incontenible del cretinismo, es porvenir de la juventud” (Gaitán, 1930c). También, porque constituía “para la raza un precioso elemento de robustez, de salud, de regeneración auténtica” (Santamaría, 1924). Si la degeneración de la población colombiana se comprendía en términos físicos y morales, de la enfermedad y el deterioro de las costumbres, las prácticas deportivas ayudarían a que los individuos mejoraran su salud y corrigieran el carácter:

los deportes son algo indispensable en la educación del individuo, porque, además de contribuir grandemente a su desarrollo físico, dándole vigor y fuerza corporal, ejercen principal influencia en el desarrollo moral y modifican el carácter, incitando a la disciplina, a la decisión, el valor, la tolerancia, la resignación y la cortesía (Santamaría, 1924).

Con el supuesto de que los deportes moralizarían a los jóvenes colombianos, las autoridades gubernamentales comenzaron a interesarse en promover esas actividades y a resaltar sistemáticamente sus virtudes. La situación produjo un nuevo matiz en la relación entre deporte y juventud, pues las funciones higiénicas y educativas de las prácticas deportivas no estaban orientadas a los jóvenes de las clases altas, sino a aquellos pertenecientes a los sectores populares, que eran quienes mostraban los signos evidentes de degeneración moral y física, según la opinión de la época.

Los jóvenes de clase alta, también según las ideas de entonces, eran, por el contrario, ejemplo de emprendimiento y liderazgo, tal como se observa en la siguiente descripción hecha sobre el fundador del Club Campestre de Medellín, Germán Olano:

Este muchacho magnífico, fruto de una raza triunfadora, ideó el club, llevó el entusiasmo que lo animaba a él a lo más granado de la sociedad medellinense y tuvo la satisfacción de ver coronados con éxito insuperable sus esfuerzos. (Wills, 1936b)

De este modo, la promoción del deporte como instrumento regenerador reforzó la diferencia entre dos tipos de juventud: aquella cuya práctica deportiva simbolizaba su posición de clase, su entusiasmo y espíritu de progreso, y aquella para la que, en principio, los deportes representaban un señalamiento como raza degenerada, por lo cual su cuerpo y carácter moral debían intervenir y moldearse. Al respecto, nunca será suficiente aclarar que el papel del deporte como instrumento moralizador reposaba en suposiciones y creencias sin asidero científico sobre la superioridad o inferioridad natural de culturas, pueblos o clases sociales específicas.

Por otro lado, la difusión del deporte con su función moralizadora también implicó el surgimiento de la mujer en el escenario de la intervención corporal y moral. Inicialmente, la expansión de los deportes entre las mujeres jóvenes de clase alta se acompañó de definiciones sobre la forma en que debían adquirir los hábitos deportivos, sobre la manera en que la búsqueda de una mejor salud mediante el ejercicio físico no condujera a una pérdida de las funciones y estéticas femeninas:

Los ejercicios en la mujer evidentemente son convenientes y necesarios, pero éstos deben ser suaves, desprovistos de movimientos violentos, que conserven y perfeccionen

las formas, y hagan de un organismo débil y enfermo un organismo sano. La mujer está destinada para fines muy distintos de los de desarrollar fuerzas: esto les corresponde a los hombres, quienes necesitan ser fuertes y bien desarrollados, para la lucha por la vida. La mujer debe ser delicada, femenina de contornos y formas delgadas y delineantes, y no mujeres masculinizadas como las que se levantan hoy con los sports. (Del Corral, 1927)

En 1920, se tienen las primeras noticias de mujeres deportistas o, por lo menos, de mujeres que públicamente exponían su cuerpo mediante este tipo de práctica física. En los campeonatos de tenis, se destacaban Margarita Arboleda Santamaría, Enriqueta Silva (quien también practicaba la equitación y fue durante toda la década la tenista más importante de Bogotá), Adela Carrizosa, Leonor Uribe y Helena Carrizosa. En 1923, María Helena Torres y Queen de la Torre se destacaron en el golf y, comenzando la década del treinta, aparece el



Tenistas en Santiago de Cali, ca. 1930.
Fotografía de autor desconocido.
Cortesía del Archivo del Patrimonio Fotográfico y Filmico del Valle del Cauca.



Equipo femenino de baloncesto en los Juegos Nacionales, Santiago de Cali, 1928.
Fotografía de autor desconocido.
Cortesía del Archivo del Patrimonio Fotográfico y Filmico del Valle del Cauca.

Equipo de baloncesto femenino del Rivarabia. En la foto, algunas de sus integrantes (de izquierda a derecha): Lucía, Ofir, Ligia Rivera, Yadira López Rivera, María Rivera Bueno y Lizbath Castaño Rivera. Cartago, ca. 1924. Fotografía de autor desconocido. Cortesía del Archivo del Patrimonio Fotográfico y Filmico del Valle del Cauca.



Encuentro de baloncesto entre la selección femenina del Valle del Cauca y la del Cauca. Coliseo Evangelista Mora. Santiago de Cali, 1954. FotoMuller. Cortesía del Archivo del Patrimonio Fotográfico y Filmico del Valle del Cauca.



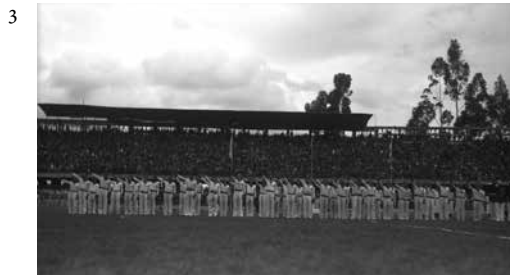
basket-ball femenino, con figuras como Paulina Rueda, del equipo del Country Club, y Elvira Leyva, del Club Magdalena Sport. Para esta época, el deporte femenino ya se había difundido significativamente entre las mujeres de élite, no solamente en Bogotá. En Antioquia, figuraron Nelly Navarro e Inés Restrepo en baloncesto y en Barranquilla, Josefina Dugad en el mismo deporte.

Las noticias regionales del deporte y la aparición pública de estas mujeres en la prensa se presentaron en el contexto de las terceras olimpiadas nacionales realizadas en Barraquilla en 1935. Este evento permitió a las mujeres practicar el deporte por fuera de los clubes sociales y en un ambiente de competición abstraído del sentido de novedad que implicaba su práctica en los primeros años de la década del veinte.

Ironicamente, la promoción del deporte, su difusión y paulatina expansión entre todas las clases sociales produjo una fisura en la idea del modelo educativo e higiénico que articulaba las prácticas deportivas como instrumento moralizador. Hubo críticas por la aparición cada vez mayor de espectadores en las diversas competiciones, pero especialmente en el fútbol, por la pasividad que implicaba la observación de un espectáculo, una contradicción con el sentido activo inherente al deporte.



Santiago de Cali se conoce como la capital deportiva de Colombia y fue el escenario del primer gran certamen deportivo nacional: las Olimpiadas de 1928. Ante la precariedad de los escenarios deportivos, el escritor y político Pascual Guerrero promovió la construcción entre 1926 y 1928, en los predios de la finca Galilea, de un estadio en madera, con capacidad para 4.500 espectadores. Las imágenes registran el estadio, el público asistente a la inauguración, la ceremonia inaugural y un partido de fútbol entre Bogotá y Santiago de Cali. Fotografía de autor desconocido. Cortesía del Archivo del Patrimonio Fotográfico y Fílmico del Valle del Cauca.



En agosto de 1938, Bogotá fue sede de la primera versión de los Juegos Bolivarianos. Este evento deportivo, como su nombre lo indica, reúne a los países libertados por Simón Bolívar: Bolivia, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela. En esa ocasión, tuvo por marco los festejos del IV centenario de la fundación de la ciudad. En las fotos:

1. Ceremonia de inauguración de los Juegos Bolivarianos el 5 de agosto de 1938 en la Ciudad Universitaria.
2. El presidente Eduardo Santos, su esposa, Lorencita Villegas de Santos, y la comitiva presidencial, en la ceremonia de inauguración del Estadio Nemesio Camacho El Campín, con motivo de los Juegos Bolivarianos.
3. Desfile de delegaciones en la ceremonia de inauguración de los juegos.
4. Mujeres deportistas.
5. Atletas, en la ceremonia de inauguración del Estadio El Campín.

Colección fotográfica Gumersindo Cuéllar, Biblioteca Luis Ángel Arango.

Por ejemplo, se hacía mofa de algunos jóvenes bogotanos que vestían a la moda, a los que llamaban glaxos, por su rechazo a practicar deporte y a preferir observarlo: ante la perspectiva del ejercicio fuerte, (...) tiemblan como débiles mujeres y optan por el papel de espectadores galantes, buscando siempre la manera de ofrecerse como espectáculo de mediocridad alarmante y haciendo alarde de su cara pintada o de la brillantez de sus uñas. (Gaitán, 1930c)

Pero también en los albores de la profesionalización deportiva, la opinión comenzó a observar la despreocupación de los jóvenes por practicar deportes. Ese desinterés aumentaba a medida que crecía la especialización deportiva y, por tanto, el atractivo del espectáculo. Así lo expresaba una premonitoria nota de prensa en 1926:

(...) Mas poco a poco, esos miles de muchachos para quienes el fútbol era acción, lucha activa, esfuerzo muscular, se han ido trocando en espectadores (...). Se acabaron los paseos, los ejercicios físicos, las gozosas carreras sobre la hierba húmeda y blanda. Solo trabajan los pulmones en los escándalos que se promueven a cada incidente de los partidos, bien amistosos, ya de campeonato, y alguna vez los puños. ¿Qué puede esperar la raza de esos futbolistas pasivos, que se olvidaron de que el deporte limpio y noble no es negocio, sino higiene y salud? (Vidal, 1926)

La eclosión del espectador y del deportista de alto rendimiento y profesional cambiaron definitivamente la relación que hubo durante la primera mitad del siglo XX entre el deporte y la juventud. El deportista dejó de ser aquel joven cuyo esfuerzo corporal representaba valores modernos como la superación del individuo y el progreso, o aquel que por medio del sistema educativo y la construcción de parques y escenarios de deporte podría protegerse de la degeneración e incorporar caracteres morales adecuados a la civilización. El deportista se convertía ahora en un asalariado y los jóvenes se relacionaron con el deporte mediante su identificación con los ídolos, las marcas y los consumos deportivos que comenzaron a marcar la pauta de lo que se entendería por juvenil. ■

En Bogotá, también se impulsó la infraestructura deportiva. Para 1928, se había construido el hipódromo-estadio, diseñado por Vicente Nasi. En 1954, se construyó el hipódromo de Techo. Colección fotográfica Gumersindo Cuéllar, Biblioteca Luis Ángel Arango.



BIBLIOGRAFÍA

- Alfonso, D. (2012). *Deporte y educación física en Colombia. Inicio de la popularización del deporte 1916-1942* (tesis de maestría). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Beezley, W. (2004). *Judas at the Jockey Club and Other Episodes of Porfirian Mexico*. Nebraska, Estados Unidos: University of Nebraska Press.
- Bejarano, J. (1928, 2 de junio). La cultura física. *El Tiempo*.
- Bourdieu, P. (2000). La juventud solo es una palabra. *Cuestiones de sociología* (pp. 142-153). Madrid, España: Istmo.
- Club ciclista bogotano. (1895, 29 de agosto). *El Diario*, pp. 61-64.
- Del Corral, A. (1927, 8 de marzo). ¿Es conveniente el deporte para el sexo femenino? *El Tiempo*, p. 9.
- Gaitán, A. (1930a, 24 de febrero). Lo que deben hacer los deportistas bogotanos. *El Tiempo*, p. 8.
- Gaitán, A. (1930b, 17 de marzo). La olimpiada nacional de 1930. *El Tiempo*, p. 8.
- Gaitán, A. (1930c, 7 de abril). Los “glaxos” y el deporte. *El Tiempo*, p. 8.
- J.M.B. (1874). Las fiestas. *El libro de las fiestas. Álbum literario-crítico-jocoso escrito con motivo de las del presente 20 de julio* (pp. 11-12). Bogotá, Colombia: Imprenta de Medardo Rivas.
- Jiménez, M., López, L., Torres, C., Bejarano, J., Araújo, S., Caballero, L., y Escallón, R. (1920). *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá, Colombia: El Espectador.
- Juegos olímpicos de 1926. (1926, 21 de abril). *El Tiempo*, p. 9.
- Las fiestas de San Agustín. (1880, 11 de febrero). *Diario de Cundinamarca*, p. 159.
- Los juegos olímpicos de 1924 en Bogotá. (1924, 29 de junio). *El Tiempo*, p. 5.
- Margulis, M. (Ed). (2008). *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Martínez, F. (2001). *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá, Colombia: Banco de la República.
- Nueva entidad deportiva. (1935, 4 de agosto). *El Tiempo*, p. 2.
- Rivas, M. (1883). Crítica sobre los vicios de la capital. *Obras de Medardo Rivas* (pp. 89-122). Bogotá, Colombia: Fernando Pontón Editor.
- Rodríguez, P. (2002). *En busca de lo cotidiano. Honor, sexo, fiesta y sociedad S. XVII-XIX*. Bogotá, Colombia: Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Ruiz, J. (2010). *La política del sport. Élite y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925*. Bogotá, Colombia: La Carreta Editores/Pontificia Universidad Javeriana.
- Santamaría, A. (1924, 17 de agosto). La educación y los deportes. *El Tiempo*, p. 2.
- Solano, A. (1935, 17 de noviembre). El deporte. *El Tiempo*, p. 4.
- Velocípedos. (1895, 20 de enero). *El Herald*, p. 1.
- Vidal, F. (1926, 11 de agosto). Profesionalismo. *El Tiempo*, p. 9.
- Vidal, F. (1925, 12 de julio). La afición a los toros y al foot ball. *El Tiempo*, p. 11.
- Wills, J. (1936a, 6 de enero). La vida del deporte en Colombia. Al Polo Club le debe Bogotá la iniciación en asuntos deportivos. *El Tiempo*, p. 2.
- Wills, J. (1936b, 2 de marzo). La historia del deporte en Colombia. Con el Club Campestre, Medellín ha dado gran contingente al deportes. *El Tiempo*, p. 6.

IV

**CENTENARIO
BOGOTA
1938**



**AGOSTO
6 ▲ 22**

**JUEGOS
DEPORTIVOS
BOLIVARIANOS**



LITOGRAFIA COLOMBIA - BOGOTA

Verónica Jiménez
1938

